



## Jueves Santo

Juan Ignacio Vara

Desde siempre, este día ha girado en torno a “la última cena”. Es posible que, en bastantes de vuestras casas, haya un cuadro que represente ese momento cumbre en el tiempo de Jesús con nosotros. En los tradicionales, Jesús aparece siempre con los doce apóstoles y ni el gato. Pero, ¿sabéis?, “los doce” solo se dice en Marcos y Mateo; Lucas dice “los apóstoles” y Juan dice que cenó con “los suyos”. Si, en el relato de lo sucedido en Jerusalén, desde que el grupo de Jesús llegó a la capital, hay mujeres que están cerca de la cruz y que van a ser las primeras cercanas al resucitado, resulta incoherente pensar siquiera que Jesús las hubiera excluido -y a sus pequeños también- de estar en esa entrañable comida de la comunidad, ¿no os parece? Así que... estamos todos.

Marcos y Mateo y Lucas sitúan claramente esta cena como la de una familia judía que celebra la Pascua y sigue unos ritos seculares. Los tres son breves contando de la fiesta e incorporan las frases de Jesús: “*esto es mi cuerpo... tomad y compartid esta copa...haced esto en memoria mía*”, que repetimos en las eucaristías, hasta hoy. Sin embargo, Juan, que no incluye las frases rituales, desarrolla esta cena a lo largo de cinco capítulos (13-17) inigualables. Si tenéis una biblia a mano y un poco de tiempo, disfrutad con ellos. El Jesús de Juan en esta celebración es “excepcional”.

Es probable que algunos de nosotros sintonicemos hoy algún canal que transmita los oficios y bien haremos en hacerlo, si nos ayuda a sentirnos parte de una comunidad de personas, repartida por el mundo y encerrada en sus casas. Claro que, lo que la TV puede darnos, es una ceremonia un tanto desangelada y fría. Es como si Jesús, la primera vez, se hubiera puesto aparte del grupo para decir las palabras rituales, sin que nadie más pudiera decir palabra. Así que os propongo que...

...hoy, sea a mediodía o en la cena, os reunáis en torno a una mesa, y que nadie se quede comiendo un trozo de pizza en una esquina, mirando el móvil. Y que alguien de entre vosotros, abuela o papá o hija o hijo recuerde que Jesús quiso hacer una comida con “los suyos” y que él se emocionó un montón y casi se le sale el corazón de la túnica, de tanto amor contenido. Hasta podéis leer unos trocitos, mejor de Juan, por lo de la toalla a la cintura y otros detalles, promover que los comensales opinen de lo que los evangelios cuentan, sin dejar que se os enfríe la comida caliente y, si se tercia, los mayores podéis brindar con un vinacho y los peques con Fanta o lo que caiga. Porque, a fin de cuentas, lo que él volvió a decir en esa cena, es en que hay que quererse y que esa era la única manera de ser discípulos. Y, dentro de las limitaciones que ya hemos interiorizado, mandaos abrazos y besos “como Dios manda”. En los días que corremos, una fiesta así sería lo más parecido a lo del primer jueves santo.

Si por casualidad, cenáis-merendáis sobre las ocho de la tarde, no dudéis en levantaros de la mesa para ir a las ventanas o al balcón a aplaudir a quienes sabemos y decirles, desde las manos y el corazón, que nos encantaría que participaran de nuestra cena y que los vamos a recordar todo el tiempo. Y, cuando la abuelita se acuerde de los que ya no están: el abuelo y otros... meted en el paquete de la ternura y la plegaria a cuantos, en el mundo entero, se han ido ya a celebrar la Pascua con Jesús. Con el que está todo el tiempo entre vosotros, confinado. En la cena de hoy y en la de todos los días.